

Homilía exequias Cardenal Pedro Rubiano Sáenz

17 de abril de 2024

Muy queridos hermanos y hermanas.

Jesús de Nazareth ha resucitado, su rostro estaba desfigurado, ya no tenía la belleza estética, tenía la hermosura del Siervo sufriente de Dios, fue sepultado en el sepulcro donado por José de Arimatea, ¡pero la tumba está vacía! María Magdalena fue a buscarlo muy de mañana y recibió el mensaje del triunfo de la vida, ***¡Jesús vive! ¡Jesús vive! verdaderamente ha resucitado, ¡aleluya!, ¡aleluya!***

Aquel que nació en el hogar de María y del obrero José, es verdaderamente el Hijo de Dios, es el rostro de la misericordia de Dios Padre, realizó toda su misión con el poder renovador del Espíritu Santo, pasó por el mundo sanando toda enfermedad y toda dolencia. ¡Jesús vive! ¡Jesús vive! verdaderamente ha resucitado!

Cristo es el vencedor de la muerte y del pecado, ***es el grano de trigo***, semilla llena de vida abundante, que cayó en el campo limpio y preparado, en el terreno virginal y fecundo de la Virgen María.

Jesucristo es el grano de trigo portador de la vida de Dios. Jesús después de bajar del monte de la luz, acompañado por Pedro, Santiago y Juan, comenzó a manifestar a sus discípulos que Él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho, que le matarían y que resucitaría al tercer día (Mt 16,21).

Jesús realiza su misión de anunciar el Reino y llamar a la conversión, y mientras trabaja en la misión que el Padre le confió crece en realismo esperanzado, por eso anuncia su sufrimiento y su muerte, y simultáneamente crece en su identidad como Hijo amado del Padre, crece en medio del servicio a los más pobres y junto a los últimos de la sociedad, crece en medio de su profunda intimidad con el Abbá, porque su oración misionera lo sumerge en el océano del amor trinitario.

Y nosotros mientras peregrinamos y servimos a la Iglesia de Bogotá y de Colombia también tenemos la irrepentible oportunidad de crecer en nuestra identidad como Pueblo de Dios, como hijos e hijas de Dios Padre. ***Conscientes de que con Jesús somos simplemente un grano de trigo que cae en la tierra***, y que, cayendo en la tierra, se realiza la clave pascual de nuestra existencia para dar frutos de cercanía, de encuentro fraterno, de esperanza activa, de misericordia constante, de ternura, de valentía creativa y de paz no como la da el mundo, sino como la da Jesús.

La vida de Jesús se manifiesta en nuestra vida de bautizados. Es así como el Apóstol Pablo, describe el misterio de nuestra vida y de nuestra vocación cristiana, con la figura de ***un tesoro que es llevado en vasijas de barro.***

El tesoro es Dios, la vasija es la historia de cada uno de nosotros. Se encuentran en nuestra itinerancia la dignidad infinita que nos otorga el ser creados a imagen y semejanza de Dios, con la fragilidad y pequeñez de una historia que dura muy poco y pasa como flor del campo, que en la mañana florece, y por la tarde la ciegan y se seca.

Dichoso el ser humano que se percibe a sí mismo como portador del tesoro que es la presencia viva de Dios. Si la vasija de barro fuera plenamente consciente sería plenamente feliz. Dichoso el barro que puede abrazar el tesoro. De allí brotará la esperanza y fortaleza para emprender con valentía los duros trabajos de la vida, por lo cual el salmista canta: “Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida” (Salmo 26).

Nuestro querido hermano, el arzobispo emérito de Bogotá y Cardenal de la Iglesia Católica Pedro Rubiano Sáenz, llevó en su vida de bautizado el tesoro del amor de Dios Padre, la gracia de Jesucristo el Pastor Hermoso y el fuego misionero del Espíritu Santo.

Desde su infancia escuchó la voz del Señor que en el ambiente de su familia lo llamó, como llamó a sus primeros discípulos ***“Sígueme”***, así, un día, se postró en el suelo, ante el altar del Señor para ser ordenado sacerdote, recibió la ordenación Sacerdotal de manos de Monseñor Julio Caicedo y Téllez, el 8 de julio de 1956 en la Capilla del Seminario de San Pedro en Cali.

El día que fueron ungidas sus manos y recibió el sacerdocio ministerial, comenzó una historia de servicio misionero que se prolongó durante 68 años, hasta el pasado lunes 15 de abril. Porque el sacerdote realiza la hermosa misión encomendada, no solo en su juventud llena de alegría y de misterios gozosos, sino también, y sobre todo, recluido en el silencio de una habitación, ofreciendo su cuerpo, en medio de tratamientos médicos, asociado a la pasión de Cristo, y posiblemente éstos misterios dolorosos vividos en la enfermedad, por caminos que solo Dios Padre conoce, son misterios igualmente, o mucho más fecundos que, los de su plena obra misionera, ***porque llevamos este tesoro del bautismo y del ministerio sacerdotal en vasijas de barro.***

En su fecunda y prolongada misión el Señor le permitió ser instrumento de gracia y de bendición para la Iglesia y para la sociedad, bástenos hoy reconocer y agradecer algunos de los frutos de su ministerio apostólico:

Fue llamado al episcopado en 1971 por el Papa San Pablo VI y ordenado por Mons. Ángelo Palmas que era el Nuncio Apostólico de aquel tiempo. Fue creado Cardenal de la Iglesia por el Papa San Juan Pablo II, en el año 2001. Durante su arduo episcopado ordenó a 9 obispos: Alfonso Cabezas Aristizábal, Fernando Sabogal Viana, Octavio Ruiz Arenas, Oscar Urbina Ortega, Daniel Caro Borda, José Roberto Ospina Leongomez, Héctor Epalza Quintero, Francisco Antonio Nieto Súa y José Daniel Falla Robles. Fue presidente de la CEC en tres períodos, creó la Comisión de Conciliación Nacional en medio de la durísima situación social de Colombia en la década de los 90, conformó la escuela del diaconado permanente en Bogotá, fundó el Seminario Redemptoris Mater en esta ciudad, creó la Fundación de Atención al Migrante (FAMIG), creó el Banco de Alimentos de la Arquidiócesis de Bogotá, además, por su gestión fueron creadas las diócesis urbanas de Soacha, Fontibón y Engativá para servir mejor a la evangelización de los habitantes del Distrito Capital.

La historia contará, de manera completa, el legado de sus obras. Su misión apostólica será motivo de gratitud del Pueblo fiel de Dios, y su esperanza lo llevará a la casa de Dios nuestro Padre, donde se colmarán todos los anhelos de su vida, que fueron muchas veces expresados en su salmodia:

***Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida,
espera en el Señor, querido hermano Pedro Rubiano Sáenz,
sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor. (Salmo 26)***

+Luis José Rueda Aparicio
Arzobispo de Bogotá
17 de abril de 2024

